

La Comédiathèque



Pronóstico Reservado

Jean-Pierre Martinez



comediatheque.net

**Este texto se puede leer gratuitamente.
Sin embargo, cualquiera representación pública,
sea profesional o aficionada (incluso gratuita)
debe ser autorizada por la Sociedad de Autores
encargada de percibir los derechos del autor
en el país de representación de la obra**
Contactar con el autor :
comediatheque.net

Pronóstico reservado

Una comedia de Jean-Pierre Martínez

Paco se encuentra en coma profundo tras un accidente de bicicleta. El hospital avisa a sus allegados, que hace tiempo le ignoran, para que decidan su suerte a fin de evitar mantenerlo artificialmente con vida. Pero, la decisión es difícil de tomar ya que el paciente parece no ser exactamente quien parecía ser y que guarda un secreto que podría acarrear grandes...

Personajes

Alberto (o Alberta) : hermano (o hermana) de Paco
Luisa (o Luis) : hermana (o hermano) de Paco
Josefina : compañera de Paco
Doctor Gracia : (hombre o mujer)
Felicidad (o Feliciano) : enfermera (o enfermero)
Sánchez : comisario (hombre o mujer)

*El papel del Comisario Sanchez puede ser interpretado por el mismo actor
(o la misma actriz) quien interpreta el papel del Doctor Gracia.*

Habitación de hospital. Sobre una cama con ruedas, el cuerpo de un paciente en posición ligeramente inclinada. Tiene un gotero y diversos aparatos eléctricos le rodean. La cara, cubierta por una sábana. Se trata, naturalmente, de un maniquí. El doctor Gracia (hombre o mujer) y la señorita Felicidad (o el señor) su enfermera/o llevan batas blancas.

Doctor – ¡Qué calor hace en este hospital! Dan ganas de abrir una clínica privada aunque no sea más que para tener aire acondicionado.

Enfermera – Y luego se extrañan de que proliferen los microbios. Parece que se mascan.

Doctor – Nos machacan con los déficits de la seguridad social y lo que deberían hacer para reducir la factura del gasóleo sería no encender la calefacción.

Enfermera – De esa forma se reducirían también las enfermedades nosocomiales, Doctor Gracia.

Doctor – En efecto, señorita Felicidad. Incluso me pregunto si no estaré incubando un estafilococo dorado... o quizás una enfermedad tropical. De cualquier forma, a usted se la ve resplandeciente...

Enfermera – Gracias, doctor. Es por el caroteno... Creo que se me está poniendo cara de zanahoria...

Doctor – Ni mucho menos, querida... Está preciosa... Pero, veamos que tenemos por aquí...

La enfermera le alcanza el dossier médico.

Enfermera – Paco Mariani, de 40 años. El paciente está en coma profundo tras un accidente de bicicleta.

El médico echa un vistazo al dossier.

Doctor – Debería ser obligatorio el casco en los ciclistas...

Enfermera – En este caso, la víctima llevaba casco, aunque no le sirvió para nada. Chocó frontalmente con un autobús.

La enfermera levanta la sábana. La cabeza del paciente está cubierta por un gran casco.

Doctor – ¿Por qué tiene el casco puesto? Aquí no creo que exista peligro alguno... Salvo que se caiga de la cama.

Enfermera – Tiene la cabeza destrozada, por eso no nos hemos atrevido a quitar el casco, no fuera a desparramarse todo por la cama.

Doctor – Conclusión : tiene pocas probabilidades de recobrar el conocimiento.

Enfermera – Parada cardiorrespiratoria que derivó, con toda probabilidad, en falta de oxígeno al cerebro.

El médico vuelve a consultar el dossier.

Doctor – Sí... Encefalograma plano... Aparente muerte cerebral. ¿No sería mejor acabar de una vez con su sufrimiento?

Enfermera – Con la ventaja de que quedaría una cama libre.

Doctor – Eso es cierto... ¿Han llamado ya a la familia?

Enfermera – Sí. No creo que tarden el llegar.

Doctor – Perfecto.

Enfermera – ¿Alguna prescripción para el paciente, Doctor?

Doctor – ¡Déjeme que lo piense...! Habrá que tener cuidado de que la visera del casco quede bien cerrada para evitar que entren moscas.

Enfermera – ¡Está usted en todo, Doctor Gracia...! Es usted impagable...

Doctor – Ese es precisamente el adjetivo : “impagable”. Por eso voy a optar por la medicina a dos velocidades. Los fondos públicos no pueden pagar mi talento en su justo valor... ¿Le apetecería trabajar conmigo en mi clínica? Necesitaré una excelente enfermera jefe...

Enfermera – Le seguiría al fin del mundo, Doctor... Le seguiría, incluso, a un dispensario en lo más profundo de África, ¿por qué no a una clínica con aire acondicionado en el centro de la ciudad?

Doctor – ¡Tengo la impresión de que haremos grandes cosas juntos...! Ahora lo único que me queda es encontrar unos cuantos inversores que paguen mi proyecto.

Enfermera – Tengo una idea...

Doctor – ¿De verdad? Es usted maravillosa, señorita Felicidad.

La enfermera vuelve a colocar la sábana sobre el casco.

Doctor – ¿Pero, por qué le tapa la cabeza con la sábana? ¿Acaso no está clínicamente muerto?

Enfermera – Es para protegerle de la luz. A veces abre los ojos... Quizás se trate de un tic nervioso...

Doctor – La verdad es que las luces de neón son muy agresivas... En nuestra clínica haré instalar iluminación ambiental. Resulta mucho más agradable.

Enfermera – Sobre todo para aquellos que están a punto de diñarla.

Doctor – Puede estar segura de que mi clínica no recibirá más que pacientes solventes y en perfecto estado de salud. Quizás me pase a la cirugía estética...

Enfermera – La gente rica también tiene derecho a que se corrijan sus pequeños defectos... Yo misma sé que no soy del todo perfecta... ¿Qué piensa de mis pechos, Doctor?

Empiezan a salir.

Doctor – Son un primor, hija... ¡Un primor! Pero, si lo desea puedo hacerle un pequeño reconocimiento en cuanto acabemos las visitas... Veamos al siguiente enfermo...

Enfermera – Es un SDF...

Doctor - ¿SDF? Qué significan esas siglas... También es una manía esto de las siglas...

Enfermera – SDF quiere decir Sin Domicilio Fijo. Lo trajo anoche el SAMU de la SS en CE, es decir Coma Etílico. Éste tampoco va a despertar...

Doctor – Con el calor que hace aquí convendría que se lo llevasen... Pronto empezará a oler... Quizá quede un hueco en el congelador de la cocina. Al menos allí estará fresquito...

Enfermera – ¡Desde luego Doctor, tiene usted un excelente sentido del humor...! Al menos una no se aburre a su lado.

Doctor – En este trabajo conviene reírse de vez en cuando...

Salen de la habitación. Inmediatamente entra Alberto (el personaje puede estar interpretado por una mujer). Tiene pinta de bobalicón. Está hablando por el móvil.

Alberto – No creo que esté muy bien... Tiene cables y tubos por todos lados... Más bien parece un microondas... La verdad es que no estoy seguro de que se trate de él... Es que una sábana le tapa la cara... Sí, tienes razón, no suele ser un buen presagio... No creo que tarde en venir el Doctor. Ya le preguntaré.

Entra Luisa, con aspecto un tanto pijo.

Alberto – Perdona... Tengo que dejarte. Acaba de llegar mi hermana. De acuerdo. Te llamo en cuanto tenga noticias pero, no me esperes a comer... Yo también te quiero...

Guarda el móvil y besa a su hermana.

Luisa – Hola, Alberto.

Alberto – Hola, Luisa.

Se fija en el enfermo cubierto con la sábana.

Luisa – ¡Dios mío! No me digas que he llegado tarde... ¿Está muerto?

Alberto – Creo que si estuviera muerto habrían desconectado todos esos aparatos...

Luisa – ¿Estás seguro de que es él? Antes me he equivocado de habitación...

Alberto – Sí, es fácil equivocarse entre la 13 y la 13bis.

Luisa – Espero que, al menos, le dé suerte...

Alberto – ¿El qué?

Luisa – ¡El número trece!

Mira el dossier médico que cuelga a los pies de la cama.

Alberto – Paco Mariani... Sí, es él...

Luisa – Al menos podríamos retirarle la sábana.

Alberto – Tienes razón... Parece un sudario... Pero, no sé si...

Luisa – Quizás será mejor esperar a que venga la policía...

Alberto – Querrás decir, el médico.

Luisa - Sí, el médico... Me crucé con él en el pasillo y me dijo que vendría lo antes posible...

Alberto – ¡Vaya historia! Hacía mucho tiempo que no sabía nada de él... Verle ahora así... En este estado... ¿Y, a ti qué tal te va...?

Luis – Más o menos bien...

Silencio embarazoso.

Alberto – ¿Sigues viviendo en Bollullos de Abajo?

Luis – Nunca he vivido allí...

Alberto – ¿No me digas?

Luisa – Te equivocas con Bollullos de Arriba...

Nuevo silencio embarazoso.

Luisa – ¡Y tú, sigues trabajando como publicista?

Alberto – ¿Cómo publicista? ¡Pero si siempre he estado en el mundo de las finanzas...!

Luisa – Ah... Sí... Lo había olvidado...

Alberto – ¿Hace mucho que no tenías noticias de Paco?

Luisa – Mucho... La última vez que le vi fue en el entierro de papá en donde, por cierto, no te presentaste...

Alberto – Surgió un problema de última hora... Aunque hay que reconocer que nosotros nunca hemos sido lo que se dice una familia bien avenida.

Luisa – Tienes razón... De todas formas qué mala suerte tuvo siempre el pobre Paco.

Alberto – Ni que lo digas... Ni siquiera con su nombre.

Luisa – ¿A qué te refieres?

Alberto – ¿A ti no te extraña que le llamaran Paco?

Luisa – Es un nombre muy corriente.

Alberto – Por eso mismo. Es un nombre corriente que no pega en una familia de nuestra clase, ni tampoco corresponde con su edad.

Luisa – Tienes razón... Segundo recuerdo no hemos tenido un abuelo, ni siquiera un tío que se llamara así.

Alberto – A lo mejor es adoptado.

Luisa – Eso explicaría muchas cosas.

Alberto – Siempre fue el patito feo de la familia.

Luisa – Desde luego no se parece a nosotros en absoluto.

Alberto – Más bien diría yo que tiene rasgos asiáticos ¿no te parece?

Luisa – ¿Asiáticos...? Es posible...

Alberto – Aunque tampoco muy marcados.

Luisa – De haber sido adoptado quizás le dejaron el nombre original.

Alberto – Por otro lado hay pocos orientales que se llamen Paco.

Luisa – Es verdad...

Pausa.

Alberto – La ventaja, si realmente no perteneciera a la familia, es que, en caso de que necesitara un riñón, los nuestros no serían compatibles...

Luisa – Claro.

Alberto – ¡Mira, aquí está el doctor Desgracia! Con ese apellido no creo que traiga buenas noticias...

Entran en la habitación el médico y la enfermera. Tienen cara de circunstancias.

Alberto – Buenos días, doctor Desgracia.

Doctor – Doctor Gracia, por favor... Esta es la señorita Felicidad, mi enfermera.

Alberto – Señorita...

Luisa – Vinimos en cuanto nos llamaron del hospital.

Doctor – Ustedes son los hermanos del paciente, si no me equivoco.

Alberto – Sí, en efecto...

Doctor – Siento mucho lo ocurrido...

Luisa – ¿Tan grave es, doctor?

Doctor – No voy a ocultarles que su estado es en extremo preocupante y que no hay muchas esperanzas...

Luisa – Pero... ¿Ni siquiera un poquito?

Doctor – El señor Mariani sufrió un traumatismo muy violento en la cabeza. El cráneo está muy afectado. Se encuentra en coma profundo. Le mantenemos con vida artificialmente. Seguiremos haciéndole pruebas, pero pensamos que su estado es de muerte cerebral...

Alberto – Vamos... Como una especie de vegetal...

Doctor – Llevo 14 años de profesión y, como es lógico, debería darles una explicación científica para justificar mi sueldazo... Pero sí... Se puede resumir de esa manera...

Luisa – O sea que no existe la menor posibilidad de que salga del coma...

El doctor Gracia les muestra la radiografía que su enfermera acaba de sacar del dossier.

Doctor – Esta es la radiografía del cráneo del Señor Mariani. Como pueden ver las lesiones son muchas y múltiples las fracturas.

Alberto y Luisa hacen como que miran y comprenden.

Alberto – A mí me parece que el cráneo está en buen estado... La curva es perfecta.

Doctor – Lo que se ve ahí no es el cráneo, es el casco.

Luisa – ¿El casco?

Enfermera – La caja craneana está tan destrozada que hemos preferido dejarle el casco para conservar el cerebro en su sitio.

Doctor – Vamos... lo que queda del cráneo y del cerebro...

Alberto – ¿Quiere decir que sin el casco...?

Doctor – Imagine un montón de espaguetis en un colador roto al que se le hubiera puesto encima una cacerola... Es decir, que hemos preferido dejar la cacerola sobre el colador para evitar que los espaguetis se desparramen por el fregadero.

Alberto – Sí... Ya comprendo... Un ejemplo muy bueno, doctor...

El doctor guarda la radiografía.

Doctor – Aunque las circunstancias sean muy dolorosas, debo preguntarles si el señor Mariani había expresado alguna vez su opinión sobre lo que debería hacerse en una circunstancia semejante, es decir, si se debe mantener al paciente con vida artificial, como es el caso.

Luisa – La verdad es que nunca comentamos nada al respecto. Además, no nos veíamos mucho... (A Alberto) ¿A ti te dijo algo?

Alberto – No... La última vez que nos vimos fue el día de tu boda y, lógicamente no se tocan ese tipo de asuntos aunque... cuando empezó el baile de los “pajaritos” ¿quién puede afirmar que alguno de nosotros no hubiera pensado en suicidarse...?

Doctor – No quiero meterles prisa, pero deben decidir qué se hace con su hermano.

Enfermera – También habría que pensar en la posible donación de un órgano...

Alberto – ¿Un órgano? ¡No, de eso nada...! Además, doctor, tenemos razones más que suficientes para suponer que Paco era adoptado... Por lo tanto, no podemos donar un órgano porque no somos compatibles.

Enfermera – Creo que el doctor se refería más a bien a los órganos de Paco.

Alberto – ¿Los órganos de Paco...? ¡Por supuesto...! Por lo que a mí respecta estoy totalmente de acuerdo si con ello se pueden salvar vidas.

Doctor – De cualquier forma hay que contar con la opinión de la señora Mariani. Hace un rato que llamó. No tardará en llegar.

Luisa – ¿La señora Mariani?

Doctor – Sí... su esposa... Vamos, la cuñada de ustedes...

Alberto – Sí... Claro...

Doctor – Les dejo con su hermano. Pueden hablarle si así lo desean, pero no les aseguro que esté en condiciones de oírles.

Alberto – Gracias, doctor.

Doctor – Estoy a su entera disposición... En caso de emergencia pueden llamar al timbre e inmediatamente vendrá una enfermera... Incluso un cura, si fuera necesario...

Salen el médico y la enfermera. Alberto y Luisa miran al paciente.

Luisa – ¿Sabías que se hubiera casado?

Alberto – Ni idea...

Luisa – Al menos podría haber enviado un wassap... Aunque creo que yo, particularmente, no hubiera ido a su boda...

Alberto – No le imagino casado.

Luisa – ¡A saber cómo es su mujer...!

Alberto – Por lo que ha dicho el doctor, pronto llegará.

Entra en escena Josefina, la supuesta esposa de Paco. Poco femenina. Incluso su papel podría interpretarlo un hombre travestido en mujer.

Josefina – ¡Dios mío... Paco!

Alberto y Luisa intercambian una mirada.

Josefina – No quiero pensar que he llegado demasiado tarde...

Alberto – No se preocupe. Todavía está vivo... Bueno, eso es lo que parece...

Josefina – Soy Josefina, la compañera de Paco... ¿Y ustedes quiénes son?

Alberto – Yo soy su hermano.

Luisa – Y yo su hermana.

Josefina – Nunca me habló de ustedes...

Alberto – Tampoco nos dijo que se hubiera casado...

Josefina – Era muy discreto... Quiero decir... que sigue siendo muy discreto...

Alberto – Tal y como está no tiene más remedio que serlo...

Josefina – ¿Ha dicho el médico si todavía quedan esperanzas?

Luisa – La verdad es que no nos ha dicho nada en concreto... Puede estar segura de que nosotros estamos tan desolados como usted... Por cierto, ¿tienen hijos?

Josefina – Todavía no... Y, hubiera sido un buen recuerdo suyo...

Luisa – Claro...

Josefina – Espero que, al menos, intenten hacer algo por él.

Alberto – Creo que más bien nos han hecho venir para saber si estamos de acuerdo en evitarle más sufrimiento...

Josefina – ¿Acortar su sufrimiento...?

Luisa – Por desgracia Paco se encuentra en coma profundo tras el accidente.

Josefina – ¿Accidente? ¿Pero qué es lo que le ha ocurrido?

Alberto – Tiene razón... Nosotros tampoco lo sabemos con exactitud.

Luisa – Sí, la verdad es que olvidamos preguntarlo.

Alberto – Posiblemente se trate de un accidente de circulación.

Josefina – Paco no sabía conducir.

Alberto – Sea lo que sea el Doctor Desgracia... Digo, Gracia tan sólo espera que le autoricemos a desenchufar.

Josefina – ¿Desenchufar...? Ni que estuvieran hablando de un tostador de pan. No olviden que se trata de su hermano.

Luisa – La verdad es que hace muchos años que no le veíamos.

Alberto – Me pregunto por qué nos han hecho venir.

Luisa – Por supuesto somos su única familia... Pero, tomar una decisión así...

Alberto – Yo no soy creyente y estoy de acuerdo con la eutanasia, aunque siempre que se habla de ella me acuerdo de los Nazis.

Luisa – Desde luego los Nazis no nos dejaron un buen recuerdo.

Alberto – Cosa que desvirtúa un tanto la imagen de la eutanasia que, mirándolo bien, es una práctica muy útil en casos como éste.

Luisa – De cualquier forma pienso que es usted la persona indicada para tomar tal decisión... Finalmente le conoce mejor que nosotros...

Josefina empieza a lloriquear de forma poco convincente.

Josefina – No, por favor... No me pidan que sea yo quien decida “desenchufarle” como dicen ustedes... Al menos, de momento.

Luisa – Respetamos su decisión... ¿No es así Alberto?

Alberto – Por supuesto... (*Mira su reloj*) Tendré que marcharme dentro de un rato... Además, nada se puede hacer, de momento...

Luisa – Yo también me tengo que ir... Un compromiso para cenar... Ya saben...

Alberto – En el estado en que está no creo que nuestra presencia pueda cambiar gran cosa.

Josefina – Yo me quedaré con él, si no les importa.

Luisa – Por supuesto... Usted es su mujer...

Alberto y Luisa se disponen a salir cuando entra la enfermera.

Enfermera – Usted debe ser la señora Mariani ¿no es así?

Josefina – Sí... yo soy... Por favor, dígame en qué estado se encuentra...

Enfermera – Estamos a la espera de los últimos análisis, pero no voy a ocultarle que no somos nada optimistas.

Josefina – ¿Está empeorando?

Enfermera – No se puede afirmar algo así... Digamos que está en estado estacional...

Josefina – En ese caso, todavía puede haber alguna esperanza.

Enfermera – Por desgracia, querida señora mía, estacionario no significa, en este caso, nada bueno.

Alberto – Una lechuga también se puede decir que está en estado estacionario...

Enfermera – En efecto, el señor Mariani está en estado vegetativo. Por lo tanto, quedan pocas esperanzas de que se recupere.

Josefina – ¿Está segura?

Enfermera – Por desgracia lo estoy. Creo que sería mejor que tomaran una decisión al respecto.

Luisa – ¿Usted cree que sufre?

Enfermera – Resulta difícil saberlo con exactitud... Aunque, estarán de acuerdo conmigo que vivir en ese estado no es vivir.

Luisa – La enfermera tiene razón, Josefina. Comprendo su dolor pero no se le puede dejar así.

Enfermera – La marcha de un ser querido es una prueba que nos manda el Señor. Pero hay momentos en que no se debe dar la espalda a la realidad, sino más bien afrontarla. Además, ¡hay que llenar tantos papeles! Y, luego está lo de la herencia, por supuesto. Mejor es que estas cosas no anden rodando inútilmente.

Alberto – ¿La herencia?

Luisa – Es cierto... La herencia... Lo habíamos olvidado.

Alberto – ¿Y quiénes son los herederos?

Enfermera (*dirigiéndose a Josefina*) – Usted es su esposa ¿no es así?

Josefina – Bueno... Sí...

Enfermera – Luego, si su marido fallece es usted la heredera... Además, como esposa del paciente le voy a proporcionar ya algunos papeles para que los firme y así ir adelantando...

Josefina – La verdad es que... No estamos casados...

Enfermera – ¿Y tampoco tienen hijos?

Josefina – Pues... no...

Enfermera – En ese caso los herederos son su hermano y su hermana... Aunque no creo que sea el principal problema en estos momentos...

Alberto (*en ensueño*) – No, por supuesto...

Enfermera – Les dejo que hablen del asunto.

Sale la enfermera.

Josefina – Creo que necesito refrescarme un poco.

Josefina entra en el cuarto de baño.

Alberto – O sea que nosotros somos sus únicos herederos.

Luisa – Claro... Y, además, al no estar casado...

Alberto – Tiene gracia...

Luisa – Sí, tiene gracia...

Alberto – ¿Crees que tenía mucha pasta?

Luisa – Me extrañaría, pero... Nunca se sabe... Hace años que no le veíamos...

Alberto – No tengo ni idea a qué se dedicaba.

Luisa – No sé por qué, pero le imagino más bien en el paro ¿no te ocurre a ti lo mismo?

Alberto – Pues sí... Incluso ya sin prestación alguna.

Luisa – Al menos nada que tenga que ver con la Seguridad Social.

Alberto – Sería mejor preguntar a su mujer... Es decir, a Josefina... Seguramente ella debe saber algo...

Vuelve Josefina.

Alberto – ¿Se encuentra mejor?

Josefina – Sí... mucho mejor... ¿Saben dónde han guardado sus cosas?

Luisa – ¿Qué cosas?

Josefina – Cuando entré en la habitación me pareció ver una maleta.

Alberto – Si le hospitalizaron tras el accidente, no creo que tuviera tiempo de hacer la maleta...

Luisa – Como ocurre en los partos...

Alberto – ¿Por qué quiere saber si había una maleta? La verdad es que tampoco creo que la necesitara en estos momentos.

Josefina – No, por supuesto... Perdonen... son los nervios...

Alberto – En todo caso... como usted vivía con él podría contarnos algo de su vida... Nosotros, como ya sabe, hace mucho que no le veíamos...

Luisa – Eso... ¿cómo le iba?

Josefina – ¿El qué?

Luisa – Pues con los negocios... ¿Tenía algún oficio?

Josefina (*un poco ida*) – ¿Paco...? ¿Un oficio...?

Alberto – Yo tampoco sé nada de su vida.

Josefina parece preocupada por otra cosa.

Josefina – De cualquier forma voy a preguntar a la enfermera dónde ha dejado su maleta.

Sale.

Alberto – Parece que está un tanto ida...

Luisa – También es lógico.

Alberto – En todo caso no creo que tuviera una fortuna...

Luisa – Quizá no se trate de una fortuna... pero cuando murió mamá hace tres años, también recibió su parte de la herencia.

Alberto – ¡Por supuesto! Lo había olvidado...

Luisa – Ahora podríamos recuperarla... Quiero decir que lo normal es que la recuperemos nosotros. En todo caso es un dinero que nos correspondería.

Alberto – Sobre todo porque es posible que ni siquiera perteneciera a nuestra familia. Quizá nuestros padres irían a China a adoptarle. O, sin ir más lejos, puede que se lo compraran a algún chino de los de “Todo a un euro”.

Luisa – Te aseguro que a mí, en este momento, me vendría de perlas un poco de dinero. Acabamos de comprar una casa en el campo, precisamente junto a la de Belén Esteban.

Alberto – ¿No me digas...? ¿En el campo y cerca de Belén...? ¡Estupendo!

Luisa – El problema es que hay muchas cosas que arreglar. Ahora, más que una casa, parece una chamizo en ruinas...

Alberto – Más o menos como nuestro hermano.

Luisa – Más o menos.

Se quedan pensativos por un rato.

Alberto – ¿Y si se lo hubiera ventilado todo?

Luisa – ¿Eso piensas?

Alberto – Ya conoces a Paco...

Vuelve Josefina.

Josefina – En efecto... No había ninguna maleta...

Luisa – Pero díganos... ¿Qué tal le iba? ¿Tenía problemas económicos?

Josefina – ¿Problemas económicos?

Alberto – No hace mucho que heredó. Supongo que lo habrá sabido conservar como buen padre de familia...

Josefina – ¿Padre de familia? Ya le he dicho que no teníamos hijos...

Luisa – Sí, es cierto.

Entra la enfermera.

Enfermera – ¿Han decidido ya qué van a hacer?

Alberto – La verdad es que...

Luisa – Todavía no hemos tomado una decisión...

Alberto – Porque no estamos todos de acuerdo...

Luisa – La señora considera que todavía no está preparada para...

Josefina sigue buscando algo.

Josefina – ¿Entonces es seguro que no hay ninguna maleta?

Mira incluso debajo de la cama.

Enfermera – Si el Señor Mariani no estaba casado, son sus hermanos los que han de decidir lo que hay que hacer.

Alberto – Sin embargo nos gustaría tener más información.

Enfermera – Supongo que se refiere a su situación médica. Pues, como les dije hace un rato...

Alberto – Estamos pensando más bien en el aspecto financiero.

Enfermera – No se preocupen por eso. Aunque la eutanasia no entre en la Seguridad Social, consideramos que, en este caso, se trata de un gesto de caridad cristiana totalmente altruista. Pero, si desean hacer alguna donación, el doctor Gracia tiene el proyecto de crear una fundación en Alcalá de Henares para...

Luisa – Nos referimos más bien a la herencia...

Enfermera – Sí... Claro... Es lógico...

Alberto – ¿Sabe usted si el señor Mariani andaba bien de dinero?

Enfermera – Eso quien mejor lo sabrá es su compañera...

Josefina, que andaba distraída, reacciona al darse cuenta que hablan de ella.

Josefina – ¿Decían?

Enfermera – Lo que sí deben saber es que, si aceptan la herencia de su hermano, también aceptan las deudas, entre otras los gastos de hospitalización...

Luis – ¿No me diga?

Alberto y Luisa miran al enfermo y a toda la parafernalia que le rodea.

Alberto – Todo esto debe costar una pasta.

Enfermera – Pues sí... Una fortuna. En principio hay que saber si el señor Mariani pertenece a la Seguridad Social o bien tiene una sociedad médica privada...

Luisa – ¿Y ustedes no lo saben?

Enfermera – Tendría que consultar al departamento de contabilidad... Pero, en caso de duda, siempre pueden renunciar a la herencia y hacer que ésta recaiga en beneficio de la fundación del doctor Gracia...

Alberto – Sí... Es una buena idea...

Enfermera – Por lo que se refiere a mantenerle o no con vida les aconsejo que estudien los pros y los contras... El que siguiera en coma durante años no haría más que incrementar el total de la factura...

Luisa – En ese caso, habría que pensar en acortar rápidamente el sufrimiento de nuestro hermano... ¿Qué opinas tú, Alberto?

Enfermera – Les dejo que lo piensen...

Sale la enfermera.

Luisa (a Josefina) – ¿Y usted qué opina?

Josefina – Todavía existe alguna esperanza de que despierte del coma...

Alberto – De todas formas, si renunciamos a la herencia qué más nos da mantenerle o no con vida...

Luisa – En ese caso no deberíamos precipitar su final... No sería cristiano...

Alberto – Tendré que hablar con mi abogado. No sé si al renunciar a la herencia los gastos de hospitalización siguen corriendo a cargo de la familia. Le llaman algo así como deber de asistencia.

Luisa – ¿Deber de asistencia? Pero, si apenas le conocemos...

Acercándose al paciente. Dirigiéndose a Josefina.

Alberto – ¿Usted cree que oye lo que decimos?

Josefina – ¡Cualquiera sabe!

Luisa – ¿Y qué hacemos sobre la donación de órganos?

Alberto – ¿Donar órganos?

Luisa – Claro... Quizá podríamos venderlos...

Alberto – ¿Cuánto piensas que se podría sacar?

Luisa – Con eso podríamos pagar los gastos de hospitalización... ¡Qué tonterías estamos diciendo! ¡Deben ser los nervios!

Alberto – ¿Estás segura de que no nos oye?

Luisa (a Josefina) – ¿Sabe usted lo que pensaba sobre la donación de órganos?

Josefina – No tengo ni idea.

Luisa (a Josefina) – ¿Y qué tal si se casara con él antes de que le desconectaran?

Alberto – Y, por supuesto antes de que le saquen los órganos.

Luis – Sería un buen recuerdo... Señora de Mariani...

Alberto – A falta de hijos...

Luisa – No creo que resultara razonable acudir a la inseminación post mortem.

Alberto – Lo que no sé es si alguien se puede casar en estado de coma... Tendría que preguntárselo también a mi abogado...

Josefina – Ya les veo venir... Hace un rato, yo no formaba parte de la familia y ahora quieren que me case con él para que sea yo quien pague los gastos de hospitalización...

Luisa – Tampoco hay que tomarse todo a la tremenda.

Llega el doctor.

Doctor – ¿Qué tal van las cosas por aquí? Quiero decir... teniendo en cuenta las circunstancias. ¿Les han ofrecido un café? ¿Algo de bollería?

Luisa – Doctor, justamente necesitaríamos conocer su opinión.

Doctor – Lo que necesiten. Estamos aquí para ayudarles.

Alberto – Se trata de la Sociedad Médica del señor Mariani.

Doctor – Su hermano no tenía Sociedad Médica. Y, debo informarles además de que hace más o menos seis meses, dejó de pertenecer a la Seguridad Social. Pero no quisiera inquietarles con este asunto, por el momento.

Luisa – Le aseguro que ya estamos bastante inquietos.

Doctor – Lo comprendo... Ver a su hermano... y a su compañero en tal estado... resulta difícil de asumir...

Josefina – ¿Cree usted que existe alguna posibilidad de que vuelva a hablar?

Enfermera – ¿Volver a hablar? Dios mío... Siempre es posible un milagro, pero me temo que para eso tendrán que pedir hora más arriba, en el cielo. Los milagros son menos seguros que la *eutanasia* pero al contrario que con los cuidados intensivos, esos corren al cien por cien por cuenta de la iglesia...

Luisa – Gracias por sus reconfortantes palabras, doctor.

Doctor – Se me olvidaba decirles que acaba de llegar un policía.

Josefina – ¿Un policía?

Doctor – Le he dicho que el paciente no se encontraba en condiciones de contestar a sus preguntas, pero dice que le gustaría hablar con sus allegados... En todo caso, si cambian de opinión con respecto al café y la bollería no tiene más que llamar al servicio de habitaciones...

Sale el médico.

Alberto – ¿Un poli? ¿Por qué un policía?

Luisa – A lo mejor está investigando las circunstancias exactas del accidente. Es lo normal.

Alberto – Tienes razón. La verdad es que no sabemos lo que ocurrió.

Luisa – La enfermera habló de un abono a biciMAD…

Alberto (*dirigiéndose a Josefina*) – ¿Sabe usted qué ocurrió?

Josefina – Pues… la verdad… no exactamente.

Luisa – El policía nos informará, digo yo.

Alberto (*fijándose en la incomodidad de Josefina*) – ¿Y a usted no le apetece saberlo?

Josefina – Miren, no tengo tiempo de explicarles, pero preferiría que no le hablaran de mí a la bofia.

Alberto – ¿Y eso?

Josefina – La verdad es que… no soy la mujer de Paco… ni tampoco exactamente su compañera…

Luisa – ¿Y entonces quién coño es usted?

Josefina – Digamos que… teníamos negocios a medias…

Alberto – ¿Negocios? ¿Qué tipo de negocios?

Luisa – Parece ser de esos que la policía no debe investigar.

Llaman a la puerta.

Josefina – Se lo contaré más tarde. Ahora me esconderé en el baño hasta que se largue el poli.

Se esconde en el baño.

Entra el comisario Sánchez (hombre o mujer).

Sánchez – Soy el comisario Sánchez. (*Secándose la frente*) Aquí hace un calor de mil demonios… Imagino que ustedes son sus familiares…

Alberto – Su hermano y su hermana, sí.

Sánchez – Estoy investigando el caso en que está implicado el señor Mariani.

Luisa – ¿Un caso? Se trata de un accidente de bicicleta no del naufragio del Titanic.

Sánchez – Es algo mucho más complicado.

Alberto – ¿No me diga?

Sánchez – Pensé que ya estarían al corriente. Su hermano está en coma tras un asalto.

Luisa – ¿Un asalto?

Sánchez – El asalto a la sede de la mutualidad de banca próxima a su casa.

Alberto – Comprendo... Paco siempre tuvo espíritu mutualista.

Luisa – Sobre todo cuando se trataba de quedarse con nuestro dinero.

Alberto – O sea que pasaba por allí en bici y se encontró con una bala perdida ¿es así?

Luisa – Cosa que no me extraña lo más mínimo.

Alberto – Nuestro hermano siempre ha sido un gafe.

Sánchez – Nada de eso... Su hermano se vio implicado en un asalto porque él era el asaltante.

Luisa – ¿O sea que Paco ha asaltado la mutualidad de banca...?

Sánchez – Sí... Y tiene un cómplice...

Alberto – Parece increíble.

Luisa – ¿Un asalto en bicicleta con un casco enorme en la cabeza?

Alberto – Encaja bien con su carácter...

Sánchez – ¿Ustedes sabían algo de sus actividades delictivas?

Luisa – Hacía muchos años que no nos veíamos.

Alberto – Y... en bicicleta... Debería ser una circunstancia atenuante, ya se trata más bien de un asalto ecológico...

Luisa – ¿Entonces no ha sido un accidente?

Sánchez – Sí y no... Su hermano se tragó un autobús al huir de la policía en pleno centro de Madrid...

Alberto – ¡Una persecución policial en bicicleta! Y los polis cómo iban ¿en patinete?

Sánchez – No se lo tome a broma. Estoy hablando de un atraco a mano armada...

Luisa – Me doy cuenta señor Inspector, pero le recuerdo que nuestro hermano se halla entre la vida y la muerte...

Sánchez – Lo siento, pueden creerme... Sobre todo porque si no hubiera tenido un accidente podría haberme dado el nombre de su cómplice que, por cierto, es una mujer.

Alberto – ¿Una mujer?

Sánchez le enseña un folio.

Sánchez – Este es su retrato robot. ¿Les dice algo esta cara?

Alberto – Por desgracia no llevo conmigo las gafas de cerca (*Hace como que intenta ver*) ¡Ya sabe... cuando ataca la presbicia...

Sánchez – ¿Y usted?

Luisa – ¿Quién...? ¿Yo...? Le aseguro que soy una pésima fisonomista. Confundo a las personas... Por poner un ejemplo si acudo a un club de intercambio de parejas soy capaz de acostarme con mi marido por no haberle reconocido.

Sánchez – Ya veo...

Alberto – Usted sí que tiene suerte.

Sánchez se acerca a la cama.

Sánchez – Hace un rato estuve cambiando impresiones con el doctor. Según él es poco probable que salga del coma.

Alberto – Y, si sale será para entrar en la cárcel... No creo que eso le incite a resucitar...

Luisa – ¿A cuántos años de prisión se enfrentaría si resucitara?

Sánchez – Si nos diera el nombre de su cómplice y devolviera el botín, los jueces podrían tener cierta clemencia con él...

Alberto – ¿Cuánto?

Sánchez – El arma era falsa, pero la prescripción suele ser la misma... En teoría, unos 20 años...

Alberto – Me refiero al botín...

Sánchez – Tres millones

Alberto – Tres millones de euros, claro.

Luisa – No está nada mal.

Alberto – Nunca pensé que Paco fuera ambicioso... Eso hace que le empiece a estimar un poco más.

Luisa – ¿Y dice usted que no se han encontrado los tres millones?

Sánchez – Hay testigos que afirman que su hermano salió de la mutualidad de banca con la maleta en la mano y, sin embargo, después del accidente, la maleta desapareció.

Alberto – ¿Pero qué ocurrió exactamente?

Sánchez – Tras el atraco, ambos cómplices se fueron cada uno por su lado, como para despistar. A ella la perdimos y a su hermano le localizamos cerca de la estación de Atocha. Un tipo en bici con un casco enorme, es bastante visible.

Alberto – Aunque no lo suficientemente visible para el conductor del autobús...

Sánchez – En cualquier caso, tuvo tiempo suficiente para deshacerse de la maleta antes del accidente.

Luisa – ¿La maleta...?

Sánchez – ¿Ustedes saben algo de esa maleta?

Luisa – Nada... Nada en absoluto...

Sánchez – Sea como sea sepan que su hermano está arrestado. En principio debería quedarme aquí hasta que despierte pero...

Alberto – No creo que pueda escaparse en tal estado...

Sánchez – He de confesarles que a mí los hospitales me deprimen.

Alberto – Además, creo que hay un hervidero de virus resistentes a todo tipo de antibióticos.

Luisa – Ya conoce el dicho : en un hospital se sabe cuando se entra, pero no si se saldrá vivo.

Alberto – Incluso se puede pillar cualquier cosa aunque tan sólo se venga a visitar a una mujer que acaba de dar a luz... Por esa razón yo me negué a estar presente en el nacimiento de mis tres hijos.

Sánchez – ¿Eso es cierto?

Luisa – En cuanto a virus y microbios el hospital es un auténtico caldo de cultivo.

Alberto – Además estamos muy cerca del servicio de Enfermedades Tropicales. El doctor nos dijo que la semana pasada habían tenido un caso de malaria.

Luisa – Creo que dijo de Ébola...

Alberto – Sí, tienes razón... Ébola...

Sánchez – ¿Eso le dijo?

Luisa – Guarde el secreto pero, según mi modesto entender este hospital debería estar ya en cuarentena... Al parecer las enfermeras caen como moscas...

Sánchez se muestra inquieto. Parece querer marcharse cuanto antes.

Sánchez – Pues, en ese caso, les voy a dejar... Vendré de vez en cuando para ver cómo evoluciona el paciente...

Alberto – Gracias por su amabilidad, señor inspector.

Sánchez – Comisario... Comisario Sánchez.

Alberto le tiende la mano. Duda, pero no puede evitar apretársela.

Sánchez – ¿Les importa que me lave las manos antes de salir?

Luisa – ¿Dónde?

Sánchez – Pues... ¿dónde va a ser...? En el cuarto de baño.

Los hermanos se miran asustados.

Alberto – Es que resulta que...

Sánchez – ¿Hay algún problema?

Luisa – No... Ningún problema...

Sánchez entra en el baño. Los hermanos intercambian una mirada inquieta.

Alberto – Tendremos que decir que nos amenazó con matarnos si hablábamos de ella...

Luisa – ¿Con una pistola de pega?

Alberto – Se supone que no sabíamos nada...

Sánchez vuelve.

Sánchez – La verdad es que aquí hace un calor insoportable. Espero no haber pillado una de esas porquerías... En todo caso, avísenme si su hermano despierta ¿de acuerdo?

Luisa – Por supuesto, inspector.

Sánchez sale.

Luisa – ¿Dónde se habrá metido?

Alberto – Quizá se ha escondido tras la cortina de la ducha.

Luisa – Eso se ve en muchas películas de terror.

Alberto – En todo caso creo que podemos desestimar cualquier tipo de herencia. Si ha atracado un banco es porque andaba en las últimas...

Luisa – ¿Y la maleta?

Alberto – Claro... ¡la maleta!

Luisa – Por eso Josefina se niega a que desconectemos a Paco antes de saber qué hizo con la pasta.

Alberto – Ahora comprendo por qué insistía tanto con lo del equipaje...

Vuelve Josefina.

Josefina – Menos mal que el cuarto de baño se comunica con la habitación de al lado.

Alberto – ¿Y el paciente que la ocupa no se ha extrañado al verla entrar?

Josefina – También está en coma...

Luisa – Claro... La 13bis...

Josefina – Lo he oído todo...

Luisa – ¿Entonces?

Josefina – Pues sí... Yo soy su cómplice.

Alberto – ¿No me diga? Desde luego el retrato robot se le parece muchísimo...

Luisa – Por lo que va a ser difícil negar al inspector que no la hemos reconocido en caso de que se entere de que ha estado aquí.

Josefina – Entonces, gracias por su discreción...

Alberto – Sí... pero podríamos tener problemas, y muy gordos...

Luisa – ¿Y qué ganamos nosotros por no hablar?

Josefina – De acuerdo. Me ayudan a echar el guante a la pasta y repartimos. Un millón para cada uno.

Luisa – ¿Divide sólo por tres?

Josefina – Es lo lógico dado el estado de Paco.

Luisa – Precisamente por eso. Si no se despierta cómo va a decirle lo que hizo con la pasta.

Josefina – Y si despierta, ¿a quién podría confiárselo sino a su familia?

Alberto – ¿Y después?

Josefina – Si conseguimos que hable, luego le desconectamos. Mejor dejarle morir que no vivir como una lechuga. Además, resulta complicado dividir tres millones entre cuatro. Las cuentas no salen redondas.

Alberto – Sin contar que eso evitaría que la denunciáramos a la policía...

Josefina – Parece ser que ustedes no estaban muy unidos. Además, de esa forma evitarían pagar los gastos de hospitalización durante años...

Luisa – Me gustaría estar segura de que no nos escucha.

Alberto – ¿Crees que podría estar fingiendo?

Luisa – Eso encajaría muy bien con su carácter. ¿Recuerdas que cuando era niño dormía tan profundamente que parecía estar en coma?

Los tres se acercan a la cama.

Josefina – A lo mejor es que este tío marrano lo que quiere es guardarse la pasta para él solito...

Luisa – Paco ¿nos escuchas?

Alberto – No debe ser tan fácil con el casco puesto.

Luisa – Sí, pero el doctor ha dicho que si se le quita se corre el riesgo de que el cerebro se desparrame por la cama y el suelo...

Josefina – Podríamos levantar un poco la visera...

Procede a levantársela.

Alberto – Paco, soy yo, tu hermano Alberto...

Josefina – Oye tío, ¿quieres largar de una puñetera vez dónde has dejado la pasta?

Luisa – Mujer... No sea tan brusca... Puede matarle.

Alberto – ¡Ha abierto la boca...!

Josefina – ¡Coño... Es cierto!

Luisa – Como si quisiera decírnos algo...

Alberto – Puede que se trate tan sólo de un tic nervioso...

Josefina – Miren... Parece que tiene algo en la boca.

Luisa – Es verdad...

Josefina mete la mano a través de la visera.

Josefina – ¡Escupe de una vez, puñetero!

Luisa – Hábile con cariño, por favor...

Josefina – Mierda... ¡Me ha mordido el muy cerdo...!

Alberto – Por su bien espero que no le contagie nada.

Luisa – ¿Ha encontrado algo?

Josefina – ¡Coño... Una llave!

Luisa – ¿Una llave?

Josefina – Parece la llave de una consigna. Tuvo tiempo de largar la maleta en la consigna de la estación.

Luisa – Intentaría tragársela cuando se vio sorprendido por la poli.

Alberto – Seguramente fue así... Pero hay más de una estación en Madrid.

Josefina – El poli dijo que el accidente ocurrió cerca de la estación a Atocha.

Alberto – Esto parece una película policiaca...

Luisa – O una obra de teatro...

Josefina – Yo no puedo ir a la estación. La poli me busca. Tienen mi retrato robot.

Alberto – De un gran parecido, por cierto.

Josefina (*a Luisa*) – Vaya usted misma.

Luisa – ¿Y por qué yo?

Josefina – Porque con su look de burguesa pija pasaría desapercibida.

Luisa – Vaya... Muchas gracias... ¿Y si me pillan?

Alberto (*a Luisa*) – Se trata de tres millones de euros. Piensa en lo que podrías hacer con tanto dinero...

Luisa – ¿Y por qué no vamos los dos?

Josefina – Claro, y luego se largan con la pasta... ¡De eso nada! (*Saca una pistola y les apunta*) Él se queda aquí.

Luisa – Venga... No nos tome el pelo... El poli ha dicho que utilizaron armas falsas...

Josefina – De acuerdo... Pero, no traten de enrollarme...

Alberto – De todas formas, será mejor que uno de nosotros se quede. Podría levantar sospechas el que nos marcháramos los dos.

Luisa – No me acaba de gustar esto. Sería mejor avisar al Inspector Sánchez.

Josefina – ¡Sí, claro, para que me enhironen...!

Alberto – Además, tampoco estamos tan seguros de dar con la consigna... Claro que, si encontramos algo entonces será el momento de decidir lo que se hace.

Luisa – De cualquier forma sería quedarse con el producto de un robo.

Alberto – Piensa en todo lo que podrías hacer con un millón de euros.

Luisa – Sí... La verdad es que no estaría mal.

Alberto – Podrías terminar de arreglar tu choza frente a Belén Esteban... Incluso podrías comprarte un pisito en Benidorm, en la playa de Poniente. Creo que los hay con una piscina más grande que la de Bertín Osborne.

Luisa – No hablemos más... ¡Voy a la estación!

Sale. Los otros dos se miran con recelo. Suena el móvil de Alberto. Responde. Josefina se acerca al paciente.

Alberto – Si... No, todavía estoy en el hospital... La verdad es que... Digamos que es más complicado de lo previsto... No hay mal que por bien no venga... A lo mejor hasta ganamos algo en todo esto... ¿Paco? Sí... sigue en coma... Mira, te lo contaré más tarde... Ahora no puedo hablar... No, no me esperes a cenar... Sí... Yo también...

Josefina – Parece como si respirara mejor desde que le quitamos la llave de la garganta ¿No le parece?

Alberto – Quizá le hemos salvado la vida...

Josefina – No cantemos victoria todavía...

Alberto – ¿No cree que deberíamos llamar al doctor?

Josefina – Sí, claro... para que la bofia me meta en chirona...

Entra el doctor por un momento nada más

Doctor – Todo va bien?

Josefina – Digamos que... más o menos como antes.

Doctor – No duden en llamarme si me necesitan.

Sale.

Alberto – Entonces ¿qué hacemos?

Josefina – De momento, esperar.

Cada uno se sienta en una silla. Ambos se adormecen por un rato. Aquí se puede hacer un cambio de luces. Suena el móvil de Alberto. Se despierta sobresaltado. Josefina sigue durmiendo.

Alberto – Sí... Luisa... ¿Has encontrado la consigna? ¡Una maleta! Sí, tienes razón, es mejor no abrirla en el metro porque está plagado de ladrones. Imagina que la maleta esté llena de millones... ¿Josefina? Está sobando aquí a mi lado. No creo que esté bien que me marche a la francesa, sin decirle nada... Al fin y al cabo tenemos algo en común... De acuerdo ya sé que robar a una ladrona no es realmente robar, pero...

Josefina se despierta. Ha escuchado el final de la conversación. Alberto se da cuenta y cambia de tono.

Alberto – Creo que será mejor que vengas al hospital para comprobar lo que hay en la maleta. ¿De acuerdo? Pues, hasta ahora...

Guarda el móvil. Josefina le mira desafiante.

Josefina – ¿No estarán pensando en pasar de mí?

Alberto – Por supuesto que no... Luisa tiene la maleta. Enseguida llegará...

Vuelve el doctor.

Doctor – Qué escena tan tierna... Paco tiene realmente suerte de que sus familiares más queridos se ocupen de él... Por desgracia no es lo habitual...

Alberto – Sí... Yo... De todas formas sólo se muere uno una vez.

El doctor controla los aparatos que rodean al paciente.

Doctor – La verdad es que no veo evolución alguna. El encefalograma sigue siendo plano.

Alberto – Tampoco creo que antes del accidente su encefalograma tuviera más picos... Se trata de una broma, naturalmente...

Doctor – Tiene razón. Conviene desdramatizar. Y, lo que yo digo siempre a mis pacientes en cuidados intensivos : todos estamos de paso en la tierra...

Alberto – Doctor, siempre encuentra usted la palabra adecuada para dulcificar la situación. Es algo que sin duda debe levantar la moral de sus enfermos....

Doctor – Es mi oficio... Casi un sacerdocio... Ya saben dónde me tienen si me necesitan...

Josefina – Gracias doctor...

Al salir el doctor se da de bruces con Luisa y la maleta. Momento de tensión.

Doctor – O sea que trae algunas cosillas para el paciente. Es muy amable por su parte pero... no creo que en su estado... Bueno... Les dejo en familia.

Sale el doctor. Luis coloca la maleta sobre la cama a los pies del paciente. La miran fascinados.

Alberto – ¿Has podido ver lo que hay dentro?

Luisa – He preferido abrirla aquí. Creo que es más prudente.

Josefina – Ha hecho usted bien.

Luisa – Además, se necesita un código para abrirla...

Josefina se acerca a la maleta y marca el código.

Alberto – ¿007...? ¡Qué imaginación!

Josefina abre la maleta. Se puede leer la decepción en sus caras. Luis hace el inventario del contenido.

Luisa – Unas cuantas chucherías... Un bañador...

Alberto – Y un método Assimil para aprender chino...

Josefina – Este marrano ha intentado pasar de mí. Seguramente quería marcharse a Bélgica con la pasta.

Luisa – ¿Desde la estación de Atocha?

Josefina – De cualquier forma, la pasta no está aquí...

Alberto (a Luisa) – ¿No serás tú la que pretende engañarnos...?

Luisa – ¿Yo? Pero si he sido la que ha dicho que no conocía el código...

Josefina – Vamos, tomemos las cosas con calma... Al fin y al cabo se trata de su hermano... Ahora somos casi como de la familia...

Luisa se acerca al paciente.

Luisa – ¡Ha abierto los ojos!

Alberto – Todavía quedan esperanzas.

Luisa – De encontrar la pasta, quieres decir...

Alberto – Sí, claro... Eso también...

Josefina – Posiblemente se trate de un tic.

Luisa – Paco ¿nos escuchas?

Alberto – ¡Ha parpadeado!

Luisa – A lo mejor ha querido decir que sí.

Alberto – Tienes razón. Es así como se hace hablar a la gente que está en coma. Lo he visto en una película. Una para decir "si", otra para decir "no". O... al revés... No sé...

Luisa – ¿Paco? Escúchame bien e intenta responder a esta pregunta con un si o con un no : ¿Te llamas Paco?

Alberto – Es una pregunta estúpida.

Luisa – Se trata de saber únicamente si ha comprendido lo de las respuestas.

Alberto – ¿Ha parpadeado?

Josefina – La verdad es que con el caso puesto no resulta muy práctico. Podríamos intentar quitárselo...

Luisa – Usted lo que quiere es acabar con él... ¿A que sí?

Josefina – ¡De ninguna manera!

Alberto – Además, se podría armar una buena con los sesos desparramados por ahí.

Entra la enfermera. Josefina baja inmediatamente la visera del caso.

Enfermera – Únicamente venía a avisarles que el Comisario Sánchez está en recepción y subirá en un momento...

Luisa – Está bien. Muchas gracias.

Se va la enfermera.

Alberto – Creo que será mejor que se marche.

Josefina – Sí. Saldré con la maleta para que no la encuentren.

Luisa – Yo creo que mejor será ponerla bajo la cama.

Coge la maleta y la mete bajo la cama. Josefina está confusa.

Luisa – Vamos... ¡Márchese!

Josefina entra en el cuarto de baño. Llega Sánchez. Podría venir cubierto de granos o manchas rojas.

Alberto – ¿Cómo le va, señor Inspector?

Sánchez – No muy bien, la verdad... Tengo como golpes de calor...

Luisa – Siéntese por favor...

Sánchez – No... Si yo he venido a pasar consulta con el doctor... ¿Ha pasado por aquí?

Alberto – No debe andar lejos. Mejor pregunte a la enfermera. Parece que están liados.

Luisa – ¿De dónde sacas tú que estén liados?

Alberto – No sé... Intuición masculina... Además, al llegar me equivoqué de puerta y me pareció que el doctor Desgracia se follaba a la enfermera en la habitación 13bis.

Luisa – ¡Qué vergüenza...! Menos mal que el paciente que ocupa la habitación también está en coma...

Sánchez – ¿Cómo evoluciona su hermano?

Luisa – A decir verdad, no parece que evolucione bien.

Alberto – Creo que, si esto sigue así, nos veremos obligados a desengancharle.

Luisa – ¿Y cómo va la investigación de caso? ¿Ha descubierto algo nuevo?

Sánchez – Está claro que esta parejita no se puede comparar con Bonny and Clyde. No creo que les pille de nuevas si les digo que su hermano tiene el coeficiente mental de una ostra. Se confirma que su cómplice fue la que organizó todo. Ella es el verdadero cerebro de la banda.

Alberto – ¿Ella...? La verdad es que no me extraña en absoluto.

Luisa – Desde luego el cerebro de nuestro hermano no servía para nada, incluso antes del accidente.

Sánchez – Esa arpía le metió en el ajo pensando en quedarse con el botín. Por desgracia para ella... y para su hermano, las cosas salieron mal.

Alberto – Desde luego...

Luisa – Nunca tuvo suerte, el pobre.

Alberto – ¿Algo más?

Sánchez – Hay testigos que afirman haber visto a Paco guardar la maleta en una consigna de la estación de Atocha. Hemos buscado, pero sin éxito...

Luisa – ¿Estación de Atocha?

Sánchez – Eso parece...

Alberto – Ya...

Sánchez – Pues bien... voy a ir al encuentro del doctor Gracia... ¿o Desgracia? ¡Vaya nombrecito! (*Se seca el sudor con un pañuelo*) Acabo de tener otro golpe de calor todavía más fuerte... Les mantendré informados del curso de la investigación...

Alberto – Gracias inspector... Y, sobre todo, cuídese...

Sale Sánchez. Entra la enfermera.

Enfermera – No quisiera importunarles pero es preciso que tomen una decisión respecto a su hermano... Acabamos de recibir la solicitud de un hígado. Eso podría salvar una vida...

Luisa – Sí... Bien... Le prometo una respuesta positiva en poco tiempo. Déjenos decirle adiós por última vez en familia...

Enfermera – Por supuesto...

Sale la enfermera. Entra Josefina. Luisa, sin el menor recato, sacude a Paco intentando despertarle.

Luisa – ¡Vamos Paco! ¡Despierta de una vez! ¿O es que quieres acabar con un pulmón de menos?

Los otros dos la miran un tanto inquietos.

Alberto – Creo que dijo la enfermera que se trataba de un hígado.

Josefina – Yo... les voy a dejar... Será mejor que me vaya antes que vuelva el poli.

Alberto – A lo mejor se hace el muerto para no ir a prisión...

Luisa – ¡Y para guardar el botín para él solo...!

Josefina – ¿Les importa si me llevo la maleta? Para ustedes no tiene ningún significado, pero para mí tiene un valor sentimental...

Alberto – ¿Un valor sentimental?

Josefina – Esta maleta fue... Sí... fue un regalo de Paco.

Luisa – Desde el principio se la ve interesada por la maleta.

Alberto – Mucho antes de encontrar la llave.

Luisa – O sea que usted sabía que la pasta estaba dentro.

Josefina – Pero, como habrán podido comprobar, no es así...

Luisa – Creo que deberíamos echarle otro vistazo...

Luis intenta coger la maleta. Josefina se resiste. Cada una tira de un lado y la maleta se parte en dos. Se acerca Alberto.

Alberto – Hay un doble fondo...

Luisa – Y el dinero está dentro...

Alberto – ¡Usted lo sabía y ha pretendido engañarnos!

Josefina – De acuerdo. Lo sabía... ¿Y ahora qué hacemos?

Luisa – Lo repartimos, como estaba previsto.

Josefina – ¿Y por qué tendría que repartirlo con ustedes?

Alberto – Para evitar que la denunciemos a la policía, por ejemplo. Y que salga de este hospital para ir directamente a chirona.

Josefina – De acuerdo...

Alberto saca algunos billetes de la maleta.

Alberto – ¡Tres millones de euros...!

Luisa – Es como haber ganado el bono-loto.

Josefina – Les recuerdo, no obstante, que se trata de un dinero sucio.

Alberto – ¿Sucio? Lo dice porque son billetes usados.

Luisa – Me vendrá de perlas para pagar en negro los trabajos de mi casa...

Entra la enfermera con una jeringuilla en la mano. Josefina devuelve el dinero a la maleta.

Enfermera – Ya está todo preparado...

Alberto – ¿Le va a inyectar?

Luisa – ¡Dios mío, Paco! Al fin y al cabo se trata de nuestro hermano.

Enfermera (*con aspecto inquietante*) – No se preocupen. Nadie se ha quejado nunca de mis pinchazos...

Oscuro.

Josefina – ¿Qué ocurre?

Enfermera – Un apagón... No comprendo por qué no ha saltado el equipo de emergencia... Voy a ver qué ocurre...

Alberto – Sí, creo que será lo mejor... porque, en esta oscuridad... podría equivocarse de paciente...

Sale la enfermera.

Luisa – En todo caso no tardaremos mucho en saber si necesitaba realmente todos estos aparatos para seguir vivo...

Alberto – Yo no me quedo aquí, a oscuras, con un muerto viviente. Me toca los cojones...

Luisa – A mí también.

Josefina – Pues, vámonos...

Salen.

Se escucha una melodía tipo Las cuatro estaciones de Vivaldi.

Vuelve la luz.

Alberto, Luis y Josefina entran en la habitación. La enfermera también.

Alberto – ¿Decía usted?

Enfermera – Que su a su hermano le manteníamos en vida gracias a un montón de aparatos... que, por supuesto, funcionan a base de electricidad...

Luisa – ¿Entonces?

Josefina – ¿Está muerto?

Enfermera – Antes no podíamos afirmar si realmente estaba vivo, pero ahora... Me temo que, en efecto, está completamente muerto. Lo voy a comprobar, sin embargo...

Se acerca al paciente y le ausculta.

Enfermera – Pues sí... Se acabó... No ha terminado la cosa como habíamos previsto pero, después de todo, tampoco está nada mal ¿no es así? Les dejo. El doctor vendrá dentro de un ratito.

Sale. Los tres se quedan perplejos.

Luisa – Es terrible...

Alberto – Al fin y al cabo, era nuestro hermano...

Josefina se acerca a la cama.

Josefina – Creo que deberíamos quitarle el casco.

Alberto – La verdad... No sé si es lo apropiado... Se va a poner todo perdido...

Luisa – ¡No podemos enterrarle con el casco puesto...!

Josefina – Al menos le abriré la visera... Así podremos darle el último adiós.

Abre la visera.

Alberto – ¿Recuerdas si tenía los ojos verdes?

Luisa – Sería el único con ojos verdes de la familia.

Alberto – Lo que también podría ser indicio de que no formábamos parte de la misma rama...

Josefina se acerca y también se le queda mirando.

Josefina – ¡No!

Alberto – ¿Qué ocurre?

Josefina – ¡Este no es Paco!

Luisa – ¿Qué no es Paco...? Pues hace un rato sí que lo era...

Se acerca Alberto.

Alberto – Pues es verdad... ¡Éste no es Paco!

Luisa – Entonces ¿quién es?

Josefina – Este se parece mucho al muerto viviente que vi en la habitación de al lado.

Alberto – Claro... Yo también le vi al llegar... ¡Es el vecino!

Luisa – No creo que haya venido andando...

Josefina – Entonces ¿dónde está Paco?

Alberto (*mirando bajo la cama*) – ¡No sólo ha desparecido Paco...!

Luisa – ¡La maleta! ¡Tampoco está la maleta!

Entra Sánchez.

Sánchez – El doctor ha dicho que será mejor que me quede para hacerme un chequeo... Tenían razón... Se sabe cuándo se entra en el hospital, pero no cuando se sale... (*Sánchez se da de bruces con Josefina*) Es curioso, usted se parece mucho a alguien cuyo retrato robot está en mi bolsillo...

Josefina – ¡Me habéis denunciado a la poli y os habéis quedado con la pasta!

Luisa – Nada de eso...

Alberto – Le aseguro que no sé a qué se refiere.

Sánchez – Hace un rato me dijeron que no la conocían...

Luisa – Pero si no la conocemos... ¿A que no Alberto? No sabemos ni cómo se llama.

Alberto – Nos sentimos un tanto contrariados, Inspector... Debe comprendernos...

Luisa – Le pediría un poco de respeto ante nuestro dolor.

Alberto – Nuestro hermano acaba de morir.

Sánchez – Al menos él no irá a la cárcel. Pero a ésta me la llevo. Ya decidiremos qué hacer con ustedes. Tienen que ir a declarar a la comisaría. De momento me limitaré a darles el pésame.

Luisa – Gracias, Inspector

Sánchez (*a Josefina*) – Como dicen en las series policiacas americanas, usted tiene derecho a guardar silencio. Todo cuanto diga podrá ir en su contra...

Sánchez le pone las esposas y sale con ella.

Alberto – No entiendo nada.

Luisa – ¿Qué ha podido ocurrir?

Alberto – ¿Tú crees que ha podido simular un coma durante tanto tiempo?

Luisa – Podría haber aprovechado el apagón para colocar el cadáver del vecino en su cama. Así pensaríamos que estaba muerto y le dejaríamos en paz...

Alberto – Eso explicaría que sus ojos hayan cambiado de color...

Luisa – Eso explicaría, sobre todo, la desaparición de la pasta...

Alberto – A parecer no era tan tonto como creíamos...

Luisa – Eso es lo que más me sorprende.

Alberto – ¿De qué color tenía los ojos?

Luisa parece no saberlo.

Luisa – Yo creo que era pelirrojo... Sería raro un pelirrojo con ojos verdes...

Alberto – ¿Paco era pelirrojo?

Luisa – ¿No?

Entra el doctor.

Doctor – Siento mucho lo ocurrido. En nombre del hospital les presento mis excusas por el apagón y... lógicamente, también nuestro pésame...

Luisa – Gracias...

Doctor – Dado que la situación de su hermano no ofrecía ninguna esperanza espero que no presente queja alguna al hospital por ese pequeño incidente que... después de todo, les evitó tomar una dolorosa decisión...

Alberto – Por supuesto que no... Ya tenemos bastantes problemas...

Doctor – Pensemos que es cosa del destino... Por no decir, de la mano de Dios...

Alberto – Tampoco hay que exagerar. No creo que sea la mano de Dios la que ha producido el corte de luz en el hospital...

Doctor – Tiene usted razón... Ha sido cosa de Hidroeléctrica... Creo que están de huelga...

Alberto – En contrapartida a nuestro silencio, Doctor Desgracia... Perdón, Doctor Gracia, estará de acuerdo conmigo en que deberían tener un gesto comercial con nosotros...

Doctor – ¿Un gesto comercial?

Alberto – Hablo de los gastos de hospitalización de nuestro querido difunto... No sería lógico que corriéramos con ellos en estas circunstancias...

Doctor – Por supuesto. Será regalo de la casa. No se hable más.

Luisa – También le pedimos, de ser posible, que no le hagan la autopsia a nuestro hermano. Creo que ya ha sufrido bastante el pobre.

Doctor – Por supuesto. Gracias por su comprensión y vuelvan cuando lo deseen. Siempre serán bien recibidos.

El doctor sale con aspecto de haberse quitado un peso de encima. Los hermanos miran de nuevo hacia la cama.

Luisa – Al menos para él está bien lo que bien acaba...

Alberto – ¡Pero si no es él!

Luisa – ¡Justamente! Eso significa que no está muerto.

Alberto – Y, encima, se ha llevado los tres millones de euros... Seguro que no volvemos a verle.

Alberto – Es una pena. Empezaba a caerme simpático...

Luisa – De cualquier forma nos ha podido meter en un buen lío.

Salen.

Entran el médico y la enfermera. Ella empuja un carrito médico cubierto con sábana blanca.

Enfermera – ¡Menos mal! ¡Ya se han marchado!

Doctor – Si no es demasiado pedir... me gustaría ver al bebé...

La enfermera retira la sábana y aparece la maleta llena de billetes.

Doctor – ¡Ahora sí que podremos abrir la clínica privada, Señorita Felicidad!

Enfermera – Creo que ya me puedes llamar Feli...

El doctor la besa.

Doctor – ¿Entonces sabías que no estaba en coma?

Enfermera – Tuve una charla con Paco al llenar el impreso de admisión. Quedamos en que diagnosticaríamos un coma profundo para evitar que fuera a prisión. A cambio haríamos tres partes del botín.

Doctor – Lo del casco grande fue una idea genial. Al principio, incluso yo estuve a punto de creérmelo...

Ríen.

Enfermera – El que yo hubiera ido a la estación resultaba muy arriesgado. Mejor hacerse traer la pasta a domicilio.

Doctor – ¿Y ahora qué hacemos con él? Quiero decir con el verdadero Paco, el que está en la habitación de al lado...

Enfermera – Cuando pase todo esto y que la poli le haya olvidado, podemos emplearle como jardinero en nuestra clínica de estética.

Doctor – Después de haberle cambiado la cara, por supuesto...

Enfermera – Será nuestro primer cliente. Puedes practicar con él...

Doctor – Tienes razón. Después de todo le hemos prometido que sería accionista minoritario...

Ríen.

Doctor – Y tu idea del falso corte de luz, fue estupenda. Desde luego podrías dedicarte a escribir novelas policiacas.

Enfermera – Y también teatro...

Doctor – Ya te dije que haríamos grandes cosas juntos, querida.

Se besan. Oscuro.

Doctor – Ahora no creo que sea necesario lo del corte de luz ¿No crees que te estás pasando un poco?

Enfermera – Me parece que esta vez se trata de un auténtico apagón.

Doctor – En ese caso el pobre Paco que estaba bajo asistencia respiratoria...

Enfermera – Pues sí... Por poco que tarde en volver la luz... creo que finalmente no tendremos que repartir con él el botín...

Se besan de nuevo. Se escucha las Cuatro Estaciones de Vivaldi.

Salen.

Luz

Para un final feliz se puede ver a Paco entrar en la habitación desde el cuarto de baño con su gran casco y huir después por el pasillo (sería el mismo actor que interpretaba el papel de Alberto).

El autor

Jean-Pierre Martinez es autor teatral y guionista francés de origen español. Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, sube al escenario primero como baterista en diversos grupos de rock, antes de hacerse semiólogo para la publicidad. Luego trabaja como guionista para la televisión, y vuelve al teatro como autor. Ha escrito más de 60 guiones para distintas series de la televisión francesa, y 100 comedias para el teatro. Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia, y varias de sus obras han sido ya traducidas en español y en inglés.

Es licenciado en literatura española e inglesa (Sorbonne), en lingüística (Ecole des Hautes Études en Sciences Sociales), en economía (Institut d'Études Politiques de Paris), y en escritura de guiones (Conservatoire Européen d'Ecriture Audiovisuelle). Jean-Pierre Martinez ha escogido ofrecer todos los textos de sus obras para descargar gratuitamente en su web :

<https://comediatheque.net/>

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español:

Comedias para 2

El Joker
El Último Cartucho
EuroStar
Los Náufragos del Costa Mucho
Zona de turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Crash Zone
Cuidado frágil
Plagio
Por debajo de la mesa
Un pequeño asesinato sin consecuencias

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Después de nosotros el diluvio
Foto de Familia
Sin flores ni coronas
Strip Poker
Un Ataúd para Dos

Comedias para 5 o 6

Crisis y Castigo
Pronóstico reservado

Comedias para 7 a 10

Bar Manolo
El pueblo más cutre de España
Milagro en el Convento de Santa María-Juana

Comedias de sainetes (sketches)

Breves del tiempo perdido
Ella y Él
Muertos de la Risa

*Este texto está protegido por las leyes
relativas al derecho de propiedad intelectual.
Toda copia es susceptible de una condena,
hasta de 300 000 euros y 3 años de prisión.*

París - Febrero de 2014
© La Comédiathèque - ISBN 978-2-37705-045-1
<https://comediatheque.net/>